

El propósito de las siguientes líneas es abordar dos tipos de problemas: por un lado, qué se entiende bajo la denominación de "nuevos movimientos sociales", y por otro, cuáles son las implicaciones teórico-metodológicas de la discusión sobre nuevos movimientos sociales en América Latina.

Para Enrique Laraña, la expresión "nuevos movimientos sociales" comienza a usarse para designar determinadas formas de acción colectiva que proliferan a partir de la segunda mitad de los años sesenta y son difíciles de explicar desde modelos prevalecientes en este campo. Lo segundo, es consecuencia de que son protagonizados por una variedad de individuos y grupos a los que no es posible situar en posiciones estructurales homogéneas. Esto último, puso en crisis aquellas explicaciones de los movimientos sociales fundada en la relación entre la estructura social y la acción colectiva. Cayendo en un determinismo y presupuestos. Lo más sorprendente desde el punto de vista de las ciencias sociales es que el surgimiento de los nuevos movimientos sociales: ecologistas, pacifistas, feministas, de consumidores, de contribuyentes, de okupas, a los "sin" papeles, entre otros, ha inducido un proceso de reflexión en la investigación de los movimientos sociales que la ha elevado al plano de "pensamiento social de segundo orden". El cual designaba un tipo de aproximación a los hechos sociales que se distingue por su reflexividad, ya que no sólo analiza el objeto de la investigación como hace el "pensamiento social de primer orden", sino los supuestos desde los que se observa ese objeto e informa su percepción por observador.

Por su parte, el estudioso italiano Alberto Melucci considera, que el concepto surge de una perspectiva histórica y en el contexto de las sociedades occidentales, a partir de la comparación con las formas de conflicto más importantes en ellas hasta hace tres décadas. Esa noción no constituye un tipo ideal en el sentido weberiano, ni hace referencia a una teoría, sino sólo a un intento de identificar ciertas características comunes a los movimientos que surgen en las sociedades occidentales desde los años sesenta y al esfuerzo por desarrollar instrumentos analíticos para interpretar el significado de los cambios que se están produciendo en las formas de acción colectiva. El análisis de los nuevos movimientos sociales no sólo permite la investigación transcultural sino que surge de ella y de la continuidad entre estos movimientos y los que provienen del conflicto de clases.

Como ha expuesto Melucci, el significado del concepto de movimiento social ha estado tradicionalmente fundado en una concepción historicista, lineal y objetivista de la acción colectiva. Que lo consideraba como un agente clave del cambio social y la modernización de la sociedad a través de los conflictos que suscitaba.

Esta imagen de los movimientos está siendo revisada en la actualidad. Las perspectivas constructivistas suelen seguir una aproximación más fluida y situada de los movimientos, y generalmente no buscan correlaciones causales sino que se centran en procesos multidimensionales de carácter cultural para comprender analíticamente la existencia de un movimiento. Es evidente el desplazamiento de énfasis en el análisis de los aspectos causales y externos de los movimientos, o concebirlas como una forma de acción que cuestiona el sistema político y atribuirle un contenido emancipatorio. Melucci sugiere que para explicar esas nuevas formas de acción colectiva, el analista debe aproximarse a ellas como un sistema de acción y de relaciones por descubrir. En vez de asumir la existencia de una dinámica social externa que promueve la unidad de acción de sus seguidores de movimiento, y tiene sus raíces en el modo de producción o en un sistema de valores compartidos por los miembros del movimiento social, es necesaria una aproximación en la que la interpretación de la acción colectiva se sitúa en el interior de esta y en las relaciones que mantiene con su entorno. El movimiento social no constituye una entidad cuyos elementos están vinculados por lógicas externas, sino por una variedad de procesos, actores sociales y estrategias de acción.

Dos ideas resultan claves para detectar un movimiento social. Uno de esos supuestos consiste en detectar las relaciones entre movimientos sociales y procesos de cambio. Otro criterio, central para identificar un movimiento social, responde a la naturaleza de estos fenómenos colectivos como agencias de significación colectiva y sistemas de acción simbólica, que difunden nuevas ideas en la sociedad y muestran formas alternativas de participar en ella. La definición de movimiento social se completa. Según Laraña, 1) apela a la solidaridad para promover o impedir cambios sociales; 2) cuya existencia es en sí misma una forma de percibir la realidad, ya que vuelve controvertido un aspecto de esta que antes era aceptado como normativo; 3) que implica una ruptura de los límites del sistema de normas y relaciones sociales en que se desarrolla su acción; 4) que tiene capacidad para producir nuevas normas y legitimaciones en la sociedad.

Resulta esclarecedora la distinción que se establece entre acción colectiva y movimiento social para Josep Berian, la acción colectiva consiste en la acción conjunta de la gente para la consecución de intereses comunes. La acción colectiva resulta de la combinación de intereses, organización, movilización, oportunidad, conductividad, tensión, poder e identidad. El problema más persistente en el estudio de la acción colectiva es la falta de límites claros: la gente varía constantemente en su implicación en la acción, desde el involucramiento intenso hasta la actitud pasiva del *free rider*, los intereses varían asimismo, de ser individuales a ser colectivos.

La acción colectiva tiene como condición de posibilidad a los actores-portadores sociales que interactúan cooperativamente y/o conflictivamente de acuerdo con un "porqué" y de acuerdo con un "cómo", es decir, de acuerdo con unas significaciones sociales relevantes y con unas formas organizativas específicas. El movimiento social aparece como el portador de



# Los nuevos movimientos sociales



Mario Oliva Medina

una acción colectiva que comparte solidaridad, esto es, el reconocimiento mutuo de los actores participantes como miembros de una unidad social. El movimiento social se manifiesta dentro de una dinámica de conflicto, es decir, de oposición frente a un adversario que pretende los mismos bienes o valores. El movimiento social rompe los límites de compatibilidad del sistema, sus acciones violan los límites de tolerancia de un sistema, empujando a este más allá de un rango de variaciones que no puede tolerar sin alterar la estructura. Para A. Touraine, "un movimiento social es a la vez un conflicto social y un proyecto cultural", es en definitiva, portador de la sociedad instituyente. El movimiento social es un "actor colectivo movilizador que busca el objetivo de producir, prevenir o retrotraer de alguna manera el cambio social. Busca estos objetivos con cierta continuidad basada en una alta integración simbólica, pequeña especificidad de roles y por formas variables de organización".

Para el historiador Pérez Ledesma, el cambio de enfoque que los estudios sobre los movimientos sociales han producido en la década de 1970, no fue sólo el resultado de las críticas anteriores, ni tampoco derivó en exclusiva de los acontecimientos exteriores, influyeron las experiencias adquiridas por muchos sociólogos, como protagonistas, o testigos privilegiados, en los movimientos sociales que en Estados Unidos estallaron a lo largo de la década de 1960 y que desde finales de ese mismo decenio se extendieron por Europa occidental. Los años sesenta vieron nacer los movimientos de protesta contra la guerra de Vietnam, proliferación del movimiento estudiantil, surgimiento de una nueva ola de movimientos feministas. En Estados Unidos se da la creación de grupos de defensores del derecho al bienestar de las capas más desposeídas de la población. Durante la siguiente década alcanzan desarrollo el feminismo y los movimientos ecologista y antinucleares. Mientras en los países de la periferia estallan las movilizaciones por la independencia, así como reacciones de protesta contra los regímenes totalitarios en la Europa del Este. En pocas palabras la realidad se convertía en un gran laboratorio para el análisis. Es destacable la influencia de las obras de historiadores como George Rude, Eric Hobsbawm y E. P. Thompson, que reforzaron este cambio de actitud. Otras disciplinas también se interesaron por la explicación del comportamiento colectivo, fundamentales resultaron sobre los nuevos sociólogos los análisis de Mancur Olson.

Por otra parte, a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta surge una "crítica cultural", o una "crítica de la modernización", que se manifiesta como modelo heterogéneo de crítica de los aspectos fundamentales de la vida moderna, tales como la comercialización, la

industrialización, la centralización política, la burocratización, la democratización, la racionalización y la pluralidad cultural. Todo esto crea el contexto social que favorece el surgimiento de nuevos movimientos sociales.

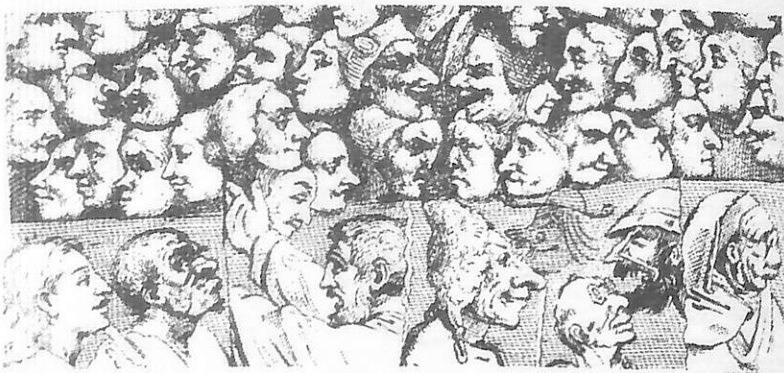
Entre las razones que explican su aparición tenemos:

1. Como una reacción a un nuevo tipo de problemas resultante de los efectos no pretendidos negativos del crecimiento industrial y el desarrollo tecnológico.
2. Como una expresión de las transformaciones estructurales de las sociedades industriales, que proceden rápidamente con una reorganización crítica de las relaciones entre Estado, economía y sociedad y el desarrollo de una nueva división social.
3. Como resultado de un cambio epocal en los valores se produce un conflicto entre la vieja política apoyada en las prioridades materialistas de la producción material, y la nueva política basada en preferencias posmaterialistas. La preferencia sobre el "tener" industrial deja paso a la preferencia sobre el "ser" posindustrial en lo referente a los valores dominantes de las formas de vida.
4. Como una expresión de revuelta de la "nueva clase reflexiva", impedida en su movilidad social vertical por las condiciones económicas.
5. Como una nueva variación histórica de las periódicas reacciones antimodernas o romántico-ideológicas a principios funcionales, a contradicciones y efectos alienantes que se derivan de los procesos de modernización.
6. Los nuevos movimientos surgen en torno a cuestiones relativas a la gramática de las formas de vida.
7. Como reacción al daño colectivo derivado de los efectos netos de un proceso de modernización sin fin, donde la democratización de los peligros sociales, económicos, técnicos, políticos, etc., elimina las divisiones entre culpables y víctimas, dominadores y dominados, poseedores y desposeídos.
8. En los últimos años los movimientos sociales actúan con una lógica dualista articulada en torno a la identidad y a la influencia dirigidas a la sociedad civil y a la sociedad política, respectivamente. Los movimientos sociales contemporáneos combinan unas prácticas sociales defensivas de la identidad, de la autonomía y de la solidaridad en el espacio de la sociedad civil donde se reúnen, se organizan y se movilizan, con unas prácticas sociales ofensivas que tratan de acceder al poder o cambiar la correlación de poder en la sociedad política, con sus correspondientes instituciones políticas representativas "formales".

En su conjunto los nuevos movimientos sociales se caracterizan por varios rasgos. Primero, por un estilo de acción política no convencional basada en la acción directa, que contrasta con el modelo tradicional de intermediación de intereses que los partidos políticos desarrollan en las democracias contemporáneas. Segundo, por un fuerte sentimiento antisistema, ya que sus seguidores se sienten enajenados respecto a las normas y valores dominantes, ante los que expresan su rebeldía. Tercero, por construir sus organizaciones sobre la base de la toma de decisiones participativa, una estructura descentralizada y el repudio a los procedimientos burocráticos. Cuarto, por reclamar a las democracias que abran la vida política a un conjunto de intereses más diversos y más vinculados con los ciudadanos. Quinto, porque la mayoría de sus miembros procede de las clases medias instruidas. Sexto, por no desarrollar ningún sistema ideológico coherente, sino que definen su concepción de la sociedad futura sobre todo en términos negativos; es decir, saben lo que no quieren, pero no presentan un modelo alternativo claro. Su carácter de "nuevo" indica la existencia de diferencias entre estos movimientos y los denominados "viejos". Los autores defienden, en general, que existen diferencias cualitativas respecto a los movimientos clásicos. Así, su ideología no se ocupa de los asuntos de distribución del poder económico o político, sino de la calidad de vida. Al contrario que en el movimiento obrero clásico, no se plantea una alternativa social. Sus preocupaciones giran en torno a problemas específicos, que no pueden resolverse con la redistribución de los medios de producción y de la riqueza en el marco de un sistema político enteramente nuevo. Esta es la razón por la que no existe un solo movimiento que sobresalga por encima de todos los demás y que represente a la clase oprimida, concebida como sujeto único, sino una pluralidad de movimientos que coexisten y cooperan entre sí y cuya significación no puede describirse cabalmente en término de antagonismo de clases. Su base de apoyo no tiene carácter de clase, pues estos movimientos no se dirigen a ningún grupo social particular invocando sus estrechos intereses específicos, sino que intentan movilizar al conjunto de la sociedad.

Mientras que la base social de la vieja izquierda era la clase obrera, la de los nuevos movimientos de ideología izquierdista está constituida predominantemente por las clases medias. Las motivaciones para participar en ellos son diferentes, no hay una lucha por un objeto concreto que beneficie directamente al seguidor, sino que se ha sustituido el interés propio por motivaciones ideológicas y la lucha por la defensa de bienes sociales (como la paz o el medio ambiente); pero este objeto indefinido de lucha implica que los miembros o seguidores se movilicen y desmovilicen manteniendo un compromiso vital menor que en los partidos clásicos.

Los nuevos movimientos sociales surgen como una reacción de la sociedad ante un nuevo tipo de problemas provocados por los efectos colaterales negativos del crecimiento industrial, inexistentes en el período de formación del movimiento obrero clásico. Estos nuevos intereses han surgido en un período de cambio de época, en la que una vez alcanzadas las prioridades materialistas de la "vieja política", aparecen preferencias posmaterialistas. Además, el movimiento se ve favorecido por la rebelión de una "nueva clase instruida", cuya movilidad ascendente se ve frenada por las condiciones económicas. La participación en los nuevos movimientos sociales se explica por un cambio de valores en la sociedad, la aparición de unos valores posmaterialistas. Así, mientras que el materialismo da prioridad a la seguridad económica y física, el posmaterialismo prima la expresión de la personalidad y la calidad de vida. Lo que explicaría que la edad sea una característica entre sus seguidores, pues sólo los jóvenes nacidos en la época del bienestar económico de los países occidentales poseen esta mentalidad. Aunque Tarrow indica que los nuevos movimientos sociales surgen a menudo de rebeliones internas en las organizaciones existentes. En



esta misma línea, P. B. Klandermans niega que la marginalidad al sistema sea un rasgo distintivo de estos movimientos, pues lejos de estar separados completamente de las organizaciones tradicionales de intermediación de intereses, están incrustadas en el entramado socio-político de las sociedades donde aparecen. Por lo que lo "nuevo" de estas organizaciones no puede definirse en términos de marginalidad o distanciamiento respecto de las instituciones sociales y políticas existentes. F. L. Wilson utiliza el estudio del modelo neocorporativista para explicar el surgimiento de los nuevos movimientos sociales. Para este autor, su auge viene propiciado por la incapacidad de las agrupaciones existentes para asumir nuevas reivindicaciones o para representar adecuadamente a sus propias clientelas habituales cuando los intereses de estas sufren modificaciones. El incisivo estudio que realiza del modelo que él denomina neocorporativista, requiere una dedicación especial. Este modelo destaca las relaciones exclusivas entre un puñado de grupos privilegiados y el Estado. Al contrario de lo que el pluralismo democrático podría sugerir en su teoría. El modelo neocorporativista sostiene que no hay lugar para que un único grupo represente a cada conjunto de intereses y que cada uno de estos grupos se considera el único vínculo legítimo de los intereses del sector.

Se trata de monopolios de representatividad que son celosamente protegidos gracias a la connivencia de estos grupos con el mismo Estado. El modelo explica que el acceso de nuevos grupos al escenario topa con obstáculos formales y no formales, debido a que la administración puede limitar la creación de nuevos grupos imponiendo trabas administrativas o subvencionando a los grupos privilegiados y negando esta ayuda a las organizaciones no oficiales. Pero este pacto tiene un precio, pues el sistema "alienta a los dirigentes de los grupos a que disciplinen a sus miembros a fin de que acepten el 'interés general' negociado por las élites en lugar de hacer presión por sus intereses particulares". Este sistema contribuye a la formación de dirigentes rutinarios carentes de receptividad ante las necesidades y preocupaciones de la base. De este modo, los "viejos" partidos o sindicatos no resuelven los conflictos, lo que provoca el desplazamiento de la conflictividad y facilita el auge de los "nuevos" movimientos sociales, pues la única opción que le queda al ciudadano insatisfecho es la formación de un nuevo grupo capaz de hacer presión en torno al asunto desatendido. Para Wilson, la repulsa al estilo que llama corporativista también explica que los grupos excluidos adopten tácticas diferenciadas o métodos no convencionales: manifestaciones, boicoteos, huelgas políticas, sentadas o actos violentos para llamar la atención de la población y del poder sobre las cuestiones que preocupan, con la esperanza de que sus acciones logren al menos sabotear las decisiones políticas en las que antes no pudieron influir. Su lógica se basa en que "si la política corriente no suscita más que aburrimiento, la única manera de captar la atención de la prensa y de la opinión pública es volverse a lo nuevo y lo inhabitual". En esta misma línea, también se presenta la teoría de la pobreza de la vida pública que explica su génesis por la inadecuación de los procedimientos usados en la esfera política para resolver de manera satisfactoria los problemas de la sociedad. Para entender el momento histórico en que surgen hay que revisar la evolución histórico-social reciente, el decenio de 1950 constituye una época de crecimiento económico estable con un aumento sin precedentes de los niveles materiales de vida. Los cambios económicos estructurales aumentaron la proporción de trabajadores de cuello blanco. Empezaron a limarse las antiguas diferencias entre las clases. El auge de la 'sociedad opulenta' anunció el 'fin de las ideologías'. El pensamiento funcional, la fe en el progreso técnico, las orientaciones privatistas y materialistas moldearon el mundo aquel decenio. En los 60 el interés y las energías personales volvieron a lo público. Se derrumbó el consenso en torno a los valores pequeño-burgueses dominantes para dar paso a una visión crítica de los lados sombríos de la 'sociedad opulenta' (la pobreza, la discriminación, las condiciones de vida urbana, las intervenciones militares), potenciada por el mayor tiempo de ocio y una forma de vida orientada hacia la autorrealización. Pero la fe en el progreso aún permitía la confianza en las soluciones tecnocráticas 'desde arriba' a los problemas existentes o la radical posibilidad de cambiar las estructuras existentes 'desde abajo'. Fue en este período cuando se inició el cambio hacia unos valores posmaterialistas. En el decenio de 1970 se ensombrecieron las perspectivas por la crisis económica y el cuestionamiento del progreso. Fracasaron las esperanzas utópicas y anarquistas. Se produjo el 'viraje subjetivo' que desvió el interés por las estructuras macrosociales hacia los problemas más tangibles de la vida cotidiana. Se aumentó el interés por las experiencias personales, el bienestar psíquico y físico, a la vez que se desarrollaba un nuevo culto a la salud y una nueva espiritualidad, una 'vuelta a la interioridad'. Ante la crisis de crecimiento, las clases medias urbanas se vieron conducidas a admirar formas de vida simples, saludables y naturales. En los años 80 se difundió la mentalidad posmoderna y fue el período de mayor crecimiento de los nuevos movimientos sociales iniciados en la década anterior. Es en esta época cuando sus reivindicaciones son asimiladas por los partidos políticos, en parte institucionalizadas y absorbidas por los cauces institucionales de mediación de intereses, perdiendo los ambientes alternativos su identidad de oposición. Pero también fueron los años del "todo vale" y de los "yuppies".

Podemos preguntarnos si estos movimientos son realmente del todo nuevos. "La palabra 'nuevo' nos dice realmente, al fin y al cabo, que los nuevos fenómenos abordados mediante el nuevo enfoque no son tan nuevos, y que ese pretendido nuevo enfoque es la restauración de algunos 'viejos' modos de ver y abordar las cosas". Estos movimientos son en realidad una oleada más de la reacción romántico-ideológica frente a los factores alienantes de las sociedades modernas. Así, los nuevos movimientos presentan también rasgos viejos, como la continuidad de los movimientos de mujeres, por la paz y de defensa de la naturaleza, que constituyen expresiones específicas del radicalismo de clase media. Pero si los movimientos políticos contemporáneos no son totalmente nuevos, sin embargo, tienen aspiraciones más ambiciosas que la mayoría de los movimientos que aparecieron en etapas anteriores. A diferencia del movimiento obrero y el de la mujer de finales del XIX y principios del XX, que en gran medida aspiraban a incorporarse a la vida política ya existente, los movimientos actuales tratan de modificar los valores sociales y la actividad política. Estas ambiciones más amplias originan dilemas agudos en la actividad política de los movimientos, acentuando la duda entre las actividades que pueden

interesar a más personas y las que pueden influir en mayor medida a los gobiernos. Se caracteriza a estos movimientos como "nuevos" por carecer de una visión omnicompreensiva o de un proyecto institucional de sociedad nueva, siendo el centro de su novedad su carácter poseideológico e incluso poshistórico de sus protestas y sus críticas.

Y, si son verdaderamente nuevos, ¿ofrecen un contra-modelo de organización política? Se incluyen los partidos que albergan a los nuevos movimientos sociales dentro de lo que se denomina los "partidos libertarios de izquierdas" y se opina que todos ellos rechazan la organización centralizada y burocrática y practican una movilización de sus activistas participativa, fluida, descentralizada y coordinada horizontalmente. Se basan en pequeños núcleos locales, rodeados de simpatizantes laxamente vinculados, y en débiles organizaciones nacionales destinadas a coordinar algunas acciones de ámbito general. Estos movimientos trabajan en pos de la instauración de una democracia participativa que podría representar su más seria amenaza al statu quo y al poder de los partidos centralizados. Aunque de todas formas, la escasa estructuración de estos partidos disminuye sus capacidades para modificar el sistema. Para algún autor, las virtudes de su estructura libertaria y participativa produce "efectos perversos no deseados" al competir contra los partidos políticos fuertemente estructurados y jerarquizados. De esta manera, sus características intrínsecas —débiles mecanismos de dedicación, participación escasa, organización laxa y fluida, grupos de dirigentes políticos relativamente irresponsables e internamente divididos— frustran las expectativas que probablemente teman los activistas cuando ingresaron en ellos. Pues no encuentran una organización fuertemente unida, controlada desde abajo y con altos niveles de militancia y participación. Es quizás esta la razón por la que estos movimientos consiguen más simpatías que militantes o votantes entre los electores. La mayoría de la ciudadanía reconoce sus esfuerzos pero no les otorga su confianza para un mandato político. Y, si alguna vez fueron "nuevos" estos movimientos, ¿lo han dejado de ser? Recordeemos la ley de hierro de la decadencia formulado por Lowi (1971), que indica que todos los grupos acaban perdiendo su combatividad y volviéndose abiertamente conservadores. Los nuevos movimientos sociales han prosperado a partir de tres recursos: la existencia de derechos —inexistentes en el siglo XIX—, la aparición de acontecimientos impactantes que constituyen motivos de protesta y, finalmente, la disposición espontánea de segmentos importantes de la población a desencadenar protestas como respuesta a estos acontecimientos. Pero tras la génesis del movimiento, este sólo pueden tener poder político si se transforma en un partido político estructurado y con una organización alejada de su ideología inicial. Deben elegir entre mantenerse fieles a sus principios ideológicos o convertirse en asociaciones eficaces para gestionar la resolución de los problemas que generaron sus protestas. Se debe tener presente que los "nuevos" compiten con otras organizaciones mediadoras, especialmente con los grupos de interés y con los partidos políticos, en torno a un recurso escaso como es el compromiso material y no material de los ciudadanos. Así, estos movimientos se debaten entre mantener una estrategia radical y una lógica pura de representación de las bases para conservar a los votantes más identificados con sus ideas o racionalizar su organización interna según una lógica de competencia electoral con otros partidos, adoptando una estrategia moderada para atraer a un espectro más amplio de simpatizantes, lo que les conduciría a arriesgar el apoyo de sus electores tradicionales o a ser confundidos con los partidos rivales. Su avance político es dudoso, pues el éxito de un partido depende mucho del sistema electoral. Así pues, los partidos pequeños, entre los que se encuentran los "nuevos", se hallan en desventaja en los sistemas de mayoría simple y de un solo representante por distrito, al igual que en los sistemas proporcionales con umbrales mínimos muy altos. Estas reglas del juego democrático limitan el atractivo de estos pequeños partidos ante aquellos votantes que pueden desear no "malgastar" sus votos. Circunstancia a la que se debe añadir el hecho de que para la ciudadanía, como ya se ha dicho, estos movimientos despiertan más simpatía que confianza para otorgarles su voto. Todo hace pensar que su crecimiento como alternativa a los partidos políticos para formar gobierno es muy dudosa. No obstante, en la era de la información pueden ejercer una fuerte influencia, pues el electorado aprecia el papel que desempeñan aportando incentivos para que los partidos del sistema reajusten sus centros de interés y redefinan sus prioridades. La población apoya mayoritariamente el orden existente, si bien la ciudadanía aprecia los movimientos y los partidos asociados a ellos en la medida que empujan a la sociedad establecida hacia la innovación y el cambio de objetivos. Ya en la actualidad los partidos occidentales han sido sacudidos por el surgimiento de los "nuevos movimientos" y se han visto obligados a adaptarse a su presencia desestabilizadora mediante una operación de estética que les permite incluir sus objetivos menos peligrosos para el sistema, como la defensa del medio ambiente, al tiempo que desoyen las peticiones de mayor democratización de la vida política. Para finalizar, vale la pena indicar que quizás este estudio que se cuestiona las novedades que aporta lo 'nuevo' se haya quedado viejo, toda una paradoja. En 1997 Luc Rosenweig, de *Le Monde*, ha introducido un nuevo concepto de 'movimientos de masas no identificados' (MMNIs) para definir a todas aquellas manifestaciones espontáneas acontecidas en 1997, como la marcha blanca de Bruselas, las muestras de dolor tras la muerte de Lady Di o el denominado Espíritu de Ermua, en las que la llamada 'mayoría silenciosa' se ha manifestado bien espontáneamente, o bien alentada por la manipulación de los medios de comunicación. Parte de la sociedad se moviliza por ideales posmodernos como el medio ambiente, pero durante todo este tiempo han existido gentes reales cuya principal preocupación continúa siendo garantizar su economía familiar.

Si bien es cierto que la discusión sobre nuevos movimientos sociales se origina y se desarrolla en Estados Unidos y luego en Europa respectivamente, en América Latina se encuentran ecos de dicha polémica que tienen enormes repercusiones en la interpretación de los fenómenos sociales en la región, particularmente en lo que algunos autores llaman el juicio al sujeto, que al menos intentaremos esbozar en sus

rasgos más visible, para lo cual seguimos los trabajos de Gunder Frank, *Diez tesis sobre los movimientos sociales* y, en especial, Rafael Guido y Otto Fernández, *El juicio al sujeto*. Para estos autores, en las ciencias sociales, se aprecia una tendencia teórico-analítica que intenta repensar la historicidad de la región y, de manera fundamental a sus actores centrales. Esta tendencia ha significado un desplazamiento de los anteriores ejes de interpretación social y política, proporcionados por la teoría del conflicto, de la sociedad latinoamericana y de sus fuerzas sociales. Se enjuicia a determinados sujetos y a sus respectivas posibilidades y roles de acción social en la periferia latinoamericana. Al enjuiciarlos se anuncian sus presumbibles potencialidades y se descubre, en la sociedad civil, la emergencia de nuevos sujetos con formas inéditas de activación, movilización y capacidad de organización. Al negar ciertas discursividades o acentos ideológicos reduccionistas y al parecer teleológicos, pretenden reconocer fuerzas sociales originadas y constituidas en las coyunturas en tanto que espacios de formación de una nueva subjetividad contingente en los actores. Guido y Fernández afirman que lo anterior conduce a estudiar las reflexiones que organizan el "juicio", ya que su hegemonía es hoy aplastante.

Este tipo de estudios prioriza la búsqueda, implantación y consolidación de ciertas normas y procedimientos que han servido para institucionalizar la acción política, a partir de una preocupación centrada en el problema de la gobernabilidad. Las variaciones políticas son justificadas y aceptadas por esta tendencia bajo un esquema que actualiza, de forma parcial y selectiva, el análisis de la democracia desde la tradición del liberalismo político. En estos estudios los movimientos sociales son vistos como indicadores de una nueva relación de legitimidad (reconstitución, redefinición o reconstrucción de las formas político-sociales entre Estado, sociedad y economía).

Para la reconstitución de estas relaciones, se privilegian la modernización y la democratización estatal, la centralización/descentralización estatal y la capacidad estatal de inte-



gración social por medio de políticas económico-sociales y socio-culturales innovadoras que procesan las demandas de los nuevos movimientos sociales.

En el cuadro siguiente se aprecian los énfasis en el análisis de este nuevo paradigma.

#### ÉNFASIS CONCEPTUALES EN EL ANÁLISIS DE LAS FUERZAS SOCIALES

| Tradición del conflicto | Enfoques actuales          |
|-------------------------|----------------------------|
| Clases                  | Ciudadanía/actores         |
| Lucha de clases         | Concertación/pactos        |
| Cambios revolucionarios | Transición a la democracia |
| Sistema de dominación   | Sistema político/gobierno  |
| Clase dominante         | Élites/clase política      |
| Crisis sistémica        | Crisis funcional           |
| Hegemonía               | Gestión/gobernabilidad     |
| Crisis                  | Racionalidad               |

Los ejes fundamentales donde se asienta esta interpretación son:

- Premisa 1: ruptura con visiones globales o totalizantes.
- Premisa 2: tratamiento de los acontecimientos en forma "discreta" sin relacionarlos con tendencias dadas o posibles.
- Premisa 3: empleo de los mecanismos político-institucionales en sustitución de las relaciones de dominación.
- Premisa 4: negociación de la centralidad y/o la existencia de las clases sociales como relación y/o concepto para el análisis, utilizando en su defecto términos como sectores subalternos heterogéneos, grupos de interés, ciudadanía, etc.
- Premisa 5: ubicación de los "sujetos y movimientos sociales" dentro de parámetros esencialmente sistémicos (con posibilidad de generar inestabilidad, la cual puede ser absorbida por el entorno político-institucional).
- Premisa 6: conversión del accionar coyuntural en el ámbito privilegiado de organización y movilización de los movimientos sociales.
- Premisa 7: equivalencia del conflicto institucional con el conflicto político o con cualquier otro tipo de conflicto social.
- Premisa 8: la heterogeneidad social dificulta la elaboración de una única y exclusiva propuesta teórica capaz de explicar la movilización social.

Estas premisas se proponen como soporte para captar la diversidad, heterogeneidad e indeterminación atribuible a las prácticas de los sujetos sociales, pero además como la base sustantiva para instalar el juicio del sujeto histórico, en su gran diversidad socio-política e ideológica, y las prácticas y teorías asociadas con el mismo.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Algaba, Antonio. "Los nuevos movimientos sociales". *Revista de geografía y ciencias sociales*, N° 73. 1998. Universidad de Barcelona.
- Berian, Jostetx. *La integración en las sociedades modernas*. Anthropos. España, 1996.
- Guido, Rafael y Otto Fernández. "El juicio del sujeto: un análisis de los movimientos sociales en América Latina". *Revista de sociología*, 1989.
- Laraña, Enrique. *La construcción de los movimientos sociales*. Alianza Editorial, Madrid, 1999.
- Pérez Ledesma, Manuel. *Cuando lleguen los días de la cólera. Movimientos sociales, teoría e historia*. Zona abierta, 1994.